

Incidencias del concepto de falo en la elaboración lacaniana del cuerpo

Incidences of the concept of phallus in Lacanian elaboration of the body

Por Hernán Pasicel¹

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es interrogar las incidencias que el concepto de falo tiene sobre los desarrollos acerca del cuerpo en la obra de Lacan. Por el carácter inaugural, y por su relevancia y alcance, centraremos este estudio en el periodo de mediados de los años cincuenta –fundamentalmente en los aportes de los seminarios 4 y 5– momento en que, a partir de su propuesta de retorno a Freud, Lacan inicia una crítica de la noción de Falo.

En este recorrido teórico se abordarán específicamente los alcances y consecuencias que sobre la noción de cuerpo, elaborada en torno al estadio del espejo, han tenido las nociones de *falta de objeto* y de *significante*. Es a partir de estos operadores teóricos que Lacan producirá una nueva lectura del complejo de Edipo en la que la categoría de falo adquiere un papel central que, dentro de otros efectos, producirá una resignificación del cuerpo

Palabras clave: Cuerpo - Falo - Falta de objeto - Significante

ABSTRACT

The aim of this paper is to question the impact that the concept of phallus has on the developments around the body in Lacan's work. For its inaugural character, and the relevance and scope that has had, this study will focus on the period of the mid-50s -mainly in the contributions of seminars 4 and 5- moment, from his proposed return Freud, Lacan begins a critique of the notion of Phallus.

In this theoretical tour there will be approached specifically the scopes and consequences that on the notion of body, made around the mirror stage, had the notion of *lack of object* and *significant*. It is from these theoretical operators that Lacan will produce a new reading of the complex of Oedipus in which the category of phallus acquires a central paper that, inside other effects, will produce a resignificance of the body

Keywords: Body - Phallus - Lack of object - Significant

¹Universidad de Buenos Aires, (UBA) Facultad de Psicología. Maestrando en Psicoanálisis Cátedra Psicoanálisis: Escuela Francesa 2. Buenos Aires. Argentina. Universidad del Salvador (USAL). Licenciado en Psicología. Investigador tesista en el proyecto UBACyT “*La satisfacción en la estructura del sujeto: investigaciones clínicas*”. E-Mail: hernanpasicel@yahoo.com.ar

El estadio del espejo. El cuerpo como imagen

En la elaboración lacaniana de la noción de cuerpo los trabajos en torno al estadio del espejo constituyeron un aporte fundamental al cual Lacan nunca dejó de retornar, a lo largo de su obra, para enriquecerlos y complejizarlos. Esos trabajos, que surgieron en el marco de un debate acerca del papel del yo y de la técnica analítica, han incluido un primer aporte a una teoría del cuerpo que la descapturó del biologicismo al que no sólo la psiquiatría sino el psicoanálisis mismo había relegado.

Para Lacan, la formación del yo coincide en sus orígenes con la identificación que se produce con la imagen unificada del cuerpo que el niño, entre 6 y 18 meses, percibe en espejo.

Este cuerpo, producto de la identificación como *nuevo acto psíquico*¹, no es el resultado de procesos madurativos graduales sino que acontece con la modalidad de un salto al que Lacan no duda en calificar de dramático². Este movimiento va de un estado de insuficiencia a la anticipación de un dominio del cual el niño carece. Se trata del dominio imaginario del cuerpo que avanza sobre dominio real y lo condiciona, es decir, la imagen exteroceptiva tiene efectos formadores sobre el organismo. Este *nuevo acto psíquico*, la identificación, es una respuesta que el sujeto da a la falta de complementariedad entre el dominio real y la imagen unificada de un cuerpo que se impone desde la alteridad especular, en forma a la vez cautivante y amenazante. Es sobre el telón de fondo de una tensión agresiva, de una amenaza de fragmentación, que la identificación produce una transformación, la cual consiste en asumir, en forma anticipada, esa imagen de dominio y unidad como propia.

Como no es el objetivo de este trabajo hacer un desarrollo exhaustivo de la temática del estadio del espejo, quisiéramos poner el acento en un aspecto que permite localizar un punto en que el concepto de falo impacta.

En un texto de Lacan publicado en 1953 que se tituló "*Algunas reflexiones sobre el yo*" plantea una idea que también quedará formalizada en el eje imaginario de su esquema Lambda, eje donde Lacan ubicará a lo *objetal*. El yo "proyección de una superficie" (como Freud lo caracterizaba en el "El yo y el ello"³) tiene las características de un objeto. El Yo, y el cuerpo que el sujeto construye en el registro imaginario, tienen un núcleo de inercia –siempre en tensión con la dialéctica intersubjetiva que promueve el deseo– propio de los objetos y que se traduce en rasgos de unidad, permanencia y substancialidad. Estos atributos son los que la identificación le aporta en forma ilusoria al sujeto. El cuerpo en el estadio del espejo se conforma bajo la modalidad de un objeto –imaginario– localizable en el espacio y en relación a otros objetos.

"Este proceso nos lleva a considerar a nuestros objetos como "yoes" identificables munidos de unidad, permanencia y substancialidad, lo que implica un elemento de inercia. El reconocimiento de los objetos y del yo debe ser sometido entonces a una constante revisión en un proceso dialéctico sin fin" (Lacan, 1953, p.2).

Retomando esta cuestión en *El Seminario 2* plantea que: "Es la imagen de su cuerpo quien está al principio de toda la unidad que percibe en los objetos... El objeto está siempre más o menos estructurado como la imagen del cuerpo del sujeto" (Lacan, 1954/5, p. 253).

Ahora bien, ¿es que estos objetos unificados, permanentes y substanciales (dentro de los que están los cuerpos en el registro imaginario) son algo en sí, o es que se articulan a alguna estructura que los hace posibles?

"El yo tal como lo entendemos, el otro, el semejante, todos estos imaginarios son objetos. Ciertamente que no son homogéneos como lunas: constantemente corremos el riesgo de olvidarlo. Pero son efectivamente objetos, porque son nombrados como tales en un sistema organizado, que es el muro del lenguaje" (Lacan, 1954/5, p. 366).

Pero son efectivamente objetos, porque son nombrados como tales en un sistema organizado, que es el muro del lenguaje, es en este punto que Lacan introduce la primera de las cuestiones que desembocará en el papel fundamental que cumplirá el falo en los avatares del cuerpo: la incidencia del registro simbólico.

El registro simbólico y el cuerpo imaginario

En *El Seminario 1* (1953/4) Lacan retoma el estadio del espejo para leerlo desde el sistema de referencia de sus tres registros: lo imaginario, lo simbólico y lo real (Lacan, 1953/4, p.119). Esta lectura considerará insuficiente al registro imaginario, y a la dimensión individual, para poder explicar la constitución del Yo y la unidad imaginaria corporal.

El yo ideal, esa imagen de completud con que el sujeto se identifica, no podría ser localizada e investida sin la presencia de un Otro, y más precisamente, un Otro que le hable al sujeto en tanto tal.

"A partir del caso Dick, y utilizando las categorías de lo real, lo simbólico y lo imaginario, demostré cómo es posible que un sujeto que dispone de todos los elementos del lenguaje, que tiene la posibilidad de realizar desplazamientos imaginarios que le permitirían estructurar su mundo, no estuviese en lo real. ¿Por qué no lo está? Únicamente porque las cosas no han aparecido en cierto orden. La figura en su conjunto está dislocada. Imposible darle a ese conjunto el más mínimo desarrollo (...) Deben comprender cuál es el resorte de esta observación: la virtud de la palabra, en tanto acto de la palabra es un funcionamiento coordinado con un sistema simbólico ya establecido, típico y significativo". (Lacan, 1953/4, p. 140).

Es el ideal del yo, instancia freudiana que Lacan nombra como Ideal del Otro –e inscribe en el registro simbólico–, lo que permite localizar, regular, "sintonizar" la buena imagen con la que se unifica el cuerpo. Armar una imagen corporal depende de un acto de palabra, ya que se produce en un contexto intersubjetivo articulado al lenguaje.

“Pueden comprender entonces que la regulación de lo imaginario depende de algo que está situado de modo trascendente -como diría Hyppolite- siendo lo trascendente en esta ocasión ni más ni menos que el vínculo simbólico entre los seres humanos”. (Lacan, 1953/4, p.213).

El lenguaje -en el contexto intersubjetivo de la función de la palabra- permite armar un *esqueleto simbólico* para sostener el ropaje imaginario. En “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (1953) dice:

“La palabra en efecto es un don de lenguaje y el lenguaje no es lo inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo. Las palabras son tomadas en todas las imágenes corporales, que captan al sujeto, ellas pueden embarazar a la histérica, identificarse al objeto del *penis-neid*, representar el chorro de orina de la ambición uretral o el excremento retenido del goce avaro” (Lacan, 1953, p.289).

Podríamos decir que con la preeminencia del registro simbólico, y con lo que un poco más adelante en la obra de Lacan se consolidará como la primacía del significante, el “drama” del estadio del espejo -ese que va “de la insuficiencia a la anticipación”-, queda invertido. Ya no se trataría de una insuficiencia madurativa motriz y de la anticipación de una gestalt perceptiva. Es el discurso del Otro, la estructura significativa, lo que antecede, anticipa y desgarrar al cuerpo natural e instala una insuficiencia estructural para lograr una identidad consigo mismo y el cuerpo. Pero, esta falta de armonía y completud natural que el cuerpo pierde (o adquiere) al entrar en los desfileros del significante, será un resorte central en la dialéctica del deseo articulada a la *falta de objeto*. No solo se trata del Otro como lugar de la palabra, sino del deseo del Otro. En este sentido es que de las imágenes del cuerpo tomadas por la palabra -enumeradas en la cita de “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis”- la identificación al objeto del *penis-neid* adquiere un lugar privilegiado.

La falta de objeto y la ecuación *Falo: Cuerpo*

El Seminario 4 va a reintroducir críticamente, a partir del debate con los desarrollos posfreudianos en torno a la noción de relación de objeto, el complejo de castración y al falo. La tesis central de la propuesta de Lacan es que -respecto a las relaciones del sujeto con el objeto- el eje que las vertebraba es la falta de objeto: “Nunca, en nuestro ejercicio concreto de la teoría analítica, podemos prescindir de una noción de la falta del objeto con carácter central. No es negativa, sino el propio motor de la relación del sujeto con el mundo”. (Lacan, 1956/7, p.38).

Frente a una concepción que ubica como matriz de las relaciones objetales al vínculo madre-hijo, entendidas como una relación dual, Lacan retoma el problema desde la lectura freudiana de los textos sobre la feminidad. Ubicará, de entrada, en la relación “madre-hijo” al falo y a la castración, es decir a la falta de objeto. No son dos

sino tres, una *tríada imaginaria* (Lacan, 1956/7, p.31). El niño no está solo con su madre, entre ellos el falo como elemento tercero, efecto del atravesamiento por parte de la madre del complejo de castración, hace posible, a la vez que complica, la ilusión de complementariedad.

Esto conlleva una relectura del complejo de Edipo y castración freudianos. Las categorías de *significante* y de *falta de objeto*, introducidas por Lacan en estos años, redefinen el modo de exponer y comprender el Edipo. Por ejemplo, ya no se tratará de que en el niño el complejo de castración señala la salida del complejo de Edipo y en la niña su entrada, sino que al tratarse, en la castración, de la articulación de la estructura significativa y la falta de objeto, el falo estará en juego de entrada, como condición, en la dialéctica edípica. Por eso en este contexto el falo adquiere un protagonismo (por ser un significante y, específicamente, aquel al que se articula la falta de objeto) que hasta ese momento no había tenido.

Los efectos de estos movimientos, respecto a la cuestión del cuerpo, es posible empezar a leerlos en los primeros capítulos del seminario 4. En la clase titulada por J-A Miller “*El significante y el espíritu santo*”, Lacan hace referencia a una exposición de F. Dolto y formula una objeción: “*La imagen del cuerpo no es un objeto*” (Lacan, 1956/7, p. 43)⁴.

¿Por qué en este momento Lacan afirma que la imagen del cuerpo *no es un objeto*?

En el mismo capítulo propone lo siguiente: “...el significante toma en préstamo toda una serie de elementos vinculados con un término profundamente comprometido con el significado, es decir el cuerpo”. (Lacan, 1956/7, p.53).

El cuerpo es pensado aquí por Lacan como un término *profundamente comprometido en el significado*. No son ni la fetalización, ni las leyes gestálticas de la percepción los que están en juego en forma decisiva. Si bien esta es una idea que ya había esbozado en “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (1953), lo que ahora está elaborando es que la imagen del cuerpo no es un objeto porque, en el contexto del Edipo, el cuerpo se organiza como una significación de la *falta de objeto*. El cuerpo del *infans* se unifica imaginariamente en función de la significación fálica del deseo de la madre. En este sentido, la afirmación de Rimbaud que Lacan convierte en uno de los pilares del estadio del espejo -*yo es otro*- es reencuadrada desde la perspectiva de un yo como *respuesta al deseo del Otro*.

“La cuestión previa es -¿metáfora o metonimia? No es en absoluto lo mismo si el niño es, por ejemplo, la metáfora de su amor por el padre, o si es la metonimia de su deseo de falo, que no tiene y no tendrá nunca”. (Lacan, 1956/7, p. 244).

Esta respuesta estará ordenada por las operaciones significantes de producción de significado (metáfora y metonimia) que no son otras -esta es la tesis de Lacan- que las del inconsciente freudiano, tema que desarrollará en el seminario siguiente.

Las formaciones del inconsciente y el Edipo estructurado como un lenguaje

En la primera clase de *El Seminario 5* Lacan expone las conclusiones de su cuarto seminario:

“...quise mostrarles que no hay objeto, salvo el metonímico, siendo el objeto del deseo el objeto de del deseo del Otro, y el deseo es siempre deseo de Otra cosa, muy precisamente de lo que falta, a, objeto perdido primordialmente (...) Del mismo modo, no hay sentido, salvo el metafórico, al no surgir el sentido sino en la sustitución de un significante por otro significante en la cadena simbólica”. (Lacan, 1956/7, p. 15).

No hay objeto sino metonímico, hay falta de objeto y la estructura del lenguaje sólo por medio de metáforas permite aprehender algo de ese objeto que se escurre tantálidamente, indecible. Será por efecto de una estructura metafórica específica, que Lacan llamará metáfora paterna, que el cuerpo del niño –en tanto *término profundamente comprometido en el significado*– se conforma, se *edipiza*.

Lo que el lenguaje desordena y subvierte del cuerpo viviente, encuentra una organización en torno a la significación fálica. El deseo como *deseo del Otro* de la referencia hegeliana se monta aquí en un escenario freudiano.

Los cuerpos del Edipo

Lacan –tomando como ciencia modelo a la lingüística Saussureana– propuso una lectura sincrónica del Edipo, la cual formalizó con la metáfora paterna. Pero también expuso el Edipo en torno al eje diacrónico, en tiempos lógicos. En estos tiempos el cuerpo pasa por distintos avatares. A estos destinos del cuerpo en el Edipo no le serán ajenas ni la dimensión de la alteridad, ni la de la pluralidad: habrá un cuerpo a imagen y semejanza del falo materno faltante. Por otro lado, la irrupción del pene real, pondrá en escena un fragmento de cuerpo que cuestionará la integridad del cuerpo imaginario. Finalmente, se conformará un cuerpo sexuado según la mascarada y la impostura, es decir según los semblantes del significante fálico que –elevado al estatuto de significante del deseo– el sujeto encontrará en el campo del Otro, del lado del las insignias paternas.

Primer tiempo

En este primer tiempo del Edipo, al que en *El Seminario 4* llama “el paraíso del señuelo” (Lacan, 1956/7, p.228) el cuerpo se organiza y encuentra su unidad ilusoria en torno a la identificación con el objeto imaginario del deseo de la madre. El cuerpo que se construye en el estadio del espejo, el cuerpo del narcisismo, queda aquí enmarcado edípicamente.

“Veremos que será imposible intentar el menor acerca-

miento a su comprensión –el narcisismo– sin la referencia a la función fálica. El narcisismo en primer lugar, es idéntico a la ecuación cuerpo igual falo” (Massota, 1980, p. 84).

“Es la relación del cuerpo despedazado, y al mismo tiempo envuelto en buen número de esas imágenes de las que hablábamos, con la función unificante de la imagen total del cuerpo. Dicho de otra manera, la relación del yo con la imagen especular nos da ya la base del triángulo imaginario (...) Este punto creo que lo han reconocido ustedes con sólo haberlo visto aquí, como tercero, con la madre y el niño. Aquí lo ven ustedes dentro de otra relación, que no les disimulé en absoluto el año pasado, puesto que acabamos con la relación entre el Nombre del Padre y lo que había hecho surgir el fantasma del caballito en nuestro Juanito. Este tercer punto (...) no es otro que el falo”. (Lacan, 1957/8 pp.162-163).

Este paraíso donde el cuerpo encuentra un lugar no deja de ser un señuelo, un engaño. El cuerpo investido fálicamente, si bien posibilita el armado de un cuerpo y una cierta homeostasis (lo cual ya es un privilegio), se sostiene en la ilusión de completud (es un falo asexual) y complementariedad (es lo que le falta a la madre y por lo tanto la completa).

Segundo tiempo

¿Qué marca, desde el punto de vista del cuerpo el salto crítico del primer al segundo tiempo del Edipo? En el análisis que Lacan hace del caso Juanito (que arrojará como resultado el concepto de metáfora paterna) ubica como punto clave, para entender qué problema intenta resolver el síntoma fóbico, la irrupción de una voluptuosidad inquietante: la excitación y erección del órgano peneano.

“No ven cómo se introduce aquí, cuando aparece en Juanito, bajo la forma de una pulsión en el sentido más elemental del término, algo que se menea, el pene real, y el niño empieza a ver como una trampa lo que durante tanto tiempo para él había sido el paraíso, la felicidad? –o sea, aquel juego en el que se es lo que no se es, se es para la madre todo lo que la madre quiere”. (Lacan, 1956/7, p. 228).

¿Qué efectos tiene esta presencia del pene real? Como dirá más adelante, esta excitación “revienta la pantalla” de ese cuerpo unificado como falo imaginario de la madre. Esa pantalla, que como un velo envuelve al cuerpo real, queda rasgada por la irrupción de algo que no queda incluido en el cuerpo *todo falo* y que, por lo tanto, impedirá la ilusión de fusión con la madre.

“El niño cae en su propia trampa, engañado por su propio juego, víctima de todas las discordancias, confrontado con la inmensa hiancia que hay entre cumplir con una imagen y tener algo real que ofrecer”. (Lacan, 1956/7, 228).

Una hiancia entre el pene real y la imagen fálica, *un corte* respecto del cual el niño carece de referencia significativa para orientarse. Hará falta esperar, en el tercer

tiempo, la acción de un padre, el *padre real*, que venga a instaurar un nuevo orden donde el pene real encuentre un lugar simbólico, y un cuerpo (al que las identificaciones secundarias darán forma) donde ser localizado.

Sin embargo, Lacan considera necesaria previamente una operación *negativa*: la privación. En este segundo tiempo la intervención paterna (bajo la figura del padre privador) reemplazará el *paraíso del señuelo* por el *imperio de la ley*. Ese falo, que en el primer tiempo funcionaba como un objeto imaginario en el que el cuerpo del niño se enfundaba para completar a la madre, este padre privador lo inscribe como ausente, es decir como simbólico. El falo pasa a ser, en tanto falta, un objeto simbólico.

Esto tendrá otra implicancia a nivel de los cuerpos. La prohibición del incesto, en su faz negativa, permite formular simbólicamente la interdicción de un imposible: hacer de dos cuerpos uno.

“El cuerpo es material. Es aparte. Distinto que otros cuerpos. Un cuerpo empieza y termina contra otro cuerpo. Incluso el vacío es una especie muy sutil de cuerpo”. (Nancy, 2006, p.13).

Si seguimos la alegoría bíblica que evocaba Lacan, podemos decir que la figura del ángel que custodia las puertas del edén con espada flamígera (versión imaginizada del falo) representa míticamente la imposibilidad de los seres hablantes de habitar un paraíso donde los cuerpos se fusionan. Donde de dos se haga uno.

Tercer tiempo

En este tiempo el cuerpo atravesará otra transformación. Esta modificación se plantea como la que posibilita una salida del Edipo. Esta salida estará relacionada no sólo con la cara proscriptiva de la ley (que prohíbe el goce de la madre) sino también con la habilitación de un goce posible para el cuerpo. Este goce estará ordenado en torno al falo, ya no como objeto identificatorio a nivel del ser, ni como objeto de la privación, sino como significante del deseo.

“Si tanto para la hembra como para el varón el complejo de castración adquiere un valor-pivote en la realización del Edipo, es muy precisamente en función del padre, porque el falo es un símbolo que no tiene correspondiente ni equivalente. Lo que está en juego es una disimetría en el significante. Esta disimetría significativa determina las vías por donde pasará el complejo de Edipo. Ambas vías llevan por el mismo sendero: el sendero de la castración”. (Lacan, 1955/6, p.251).

Entonces, así como pudimos ubicar la constitución del yo corporal en el primer tiempo en torno a *ser o no ser* el falo de la madre, ahora es la constitución de un cuerpo en torno al falo en tanto que se lo *tiene o no se lo tiene*, lo cual define la condición de varón o mujer. Esto ya lo planteaba Freud, a la salida del complejo de Edipo se constituyen las identificaciones secundarias, es decir sexuadas. Entonces, a diferencia del primer tiempo en que el sujeto se identifica al falo de la madre como un objeto

“asexuado”, las identificaciones secundarias tendrán un efecto tipificante. En esta identificación cumple un rol fundamental el padre. El sujeto se identificará al padre, pero no a su persona sino a las insignias que él porta. Y estas insignias van a hacer pasar al macho y a la hembra, para significar su condición, por un sólo significante, *impar*, el falo.

¿Qué impacto tendrá sobre los cuerpos el pasaje por la horma fálica del Edipo en la dialéctica sexuada del deseo y el goce?

La castración, operación decisiva en este tercer tiempo del Edipo, inscribe en lo simbólico (como deuda) que ese falo imaginario con que el sujeto se identificaba, con la ilusión de detener la metonimia deseante, está afectado por un “menos”: nadie lo *es*. Sin embargo, el falo en el plano del tener también estará afectado por la castración. En el caso de la niña por no tenerlo (en ese punto para Lacan la niña no tiene la dificultad de tener que vérselas con los problemas de la identificación viril) y en el caso del varoncito, porque su tener no le es de mucha utilidad (en el seminario 4 dice que Juanito no tiene *cash* para responder al deseo del Otro). El niño no toma posesión de todos sus poderes sexuales y los ejerce, sino que le son otorgados los títulos para usarlos en un futuro, y aquí una salida posible. En este sentido, la metáfora paterna conduce a la institución de algo perteneciente a la categoría de significante, está ahí en reserva y su significación se desarrollará más tarde. El niño tiene todos los títulos para ser un hombre. Sale del Edipo con los títulos en el bolsillo. Aquí el falo mismo, como objeto imaginario, tiene como condición de eficacia, en el campo del deseo, el estar castrado simbólicamente.

¿Cómo abordar el dilema de *tener lo que no se tiene* y *no tener lo que se tiene*? Lo que planteará Lacan es que el modo para hombre y mujer de responder a este dilema es por la vía del parecer.

“Esto por la intervención de un parecer que se sustituye al tener, para protegerlo por un lado, para enmascarar la falta en el otro, y que tiene el efecto de proyectar enteramente en la comedia las manifestaciones ideales o típicas del comportamiento de cada uno de los sexos, hasta el límite del acto de la copulación”. (Lacan, 1958, p. 661).

Cómo nadie lo es, ni nadie lo tiene, en el campo del deseo la posición masculina se definirá por el “parecer tener” lo que a ella le falta, el significante de su deseo, el falo. Lacan llama a esta posición masculina “impostura” ya que el hombre monta su cuerpo, en la escena cómica del encuentro de los sexos, por medio de actitudes y equivalentes fálicos, intentando dar consistencia a una identificación viril.

“Esto significa, ténganlo en cuenta, que, en cuanto viril, un hombre es siempre más o menos su propia metáfora. Incluso es esto lo que proyecta sobre el término virilidad aquella sombra de ridículo que igualmente se ha de constatar”. (Lacan, 1957/8, p. 201).

El modo en que la mujer participará de esta lógica fálica, y jugará el juego en este campo, consistirá, al no

tenerlo, en *parecer ser* el falo que le falta al hombre para así suscitar, provocar, sostener su deseo. A esta identificación Lacan la llama –tomando la referencia del artículo de Joan Riviere “La femineidad como máscara” (1929)– “mascarada femenina”. La cual supondrá también un tratamiento del cuerpo por el cual quedan recortados y sugeridos aspectos que hagan sus veces de fetiche para el fantasma masculino.

“El hecho de que ella se exhiba y se proponga como objeto de deseo, la identifica de forma latente y secreta con el falo, y sitúa su ser de sujeto como falo deseado, significante del deseo del Otro”. (Lacan, 1957/8, p. 358)

Esto es posible porque el falo se instituye como el significante del deseo y, en el campo imaginario, se produce la significación fálica: el falo nadie lo es ni lo tiene plenamente, pero indica, como significante, lo deseable (que se diferencia del Ideal que sostiene el circuito de la demanda). Es gracias a la eficacia de la función significante del falo que el sujeto puede prestarse con el cuerpo, a través de los semblantes fálicos (mascarada e impostura) al juego del deseo, por lo menos –como se plantea en *La significación del falo– hasta el límite del acto de la copulación* (Lacan, 1958, p. 661).

Conclusión

Partimos de la pregunta por las incidencias del concepto de falo en la elaboración del cuerpo tal como Lacan la venía construyendo en sus primeros trabajos en torno al estadio del espejo.

En un breve recorrido vimos como el falo introduce el problema de la constitución del cuerpo desde la perspectiva de su edipización. Es decir, desde la perspectiva de un cuerpo articulado a la metáfora paterna, un cuerpo significado fálicamente, tanto en lo que hace a la construcción de su unidad imaginaria como a su tipificación sexual. El falo conjugado con el nombre-del-padre articula el cuerpo a la ley de prohibición del incesto y, en este sentido, lo normaliza. Pero esta normalización estará marcada por el significante fálico y, en este sentido, como Lacan dirá más adelante, es un cuerpo *normal*, jugando con la homofonía francesa entre *normale*, normal y *male*, macho. Es decir que es un cuerpo norma *macho*.

Cuerpos conformados según la norma fálica con los que se escenificará el fantasma, y que entrarán así, fetichizados, en la dialéctica sexuada del deseo.

Sin embargo, quedan sin resolver algunas cuestiones que dejamos sugeridas. ¿Qué sucede con la cuestión del falo en relación a la satisfacción pulsional, con ese resto de goce fálico que en el hombre no se aviene a integrar con la imagen narcisista? ¿Qué ocurre también con los atributos femeninos que quedan rechazados por hacerse mascarada fálica?

Será necesario otro operador teórico, el objeto *a* real, con que Lacan comienza a abordar en el seminario 10 ese resto del cuerpo (la “tripa causal”) que no queda subsumido o reabsorbido por la articulación significante y la mediación fálica. Del lado masculino, el objeto *a* resalta-

rá el aspecto detumesciente del pene (y ya no su posición en “punta” como lo hacía en *La significación del falo*) que, en relación al goce, implica un límite “natural” del cuerpo masculino, y, en relación a lo femenino, la posibilidad de un Otro goce que el fálico del cual la mujer participa secundariamente por estar *no-toda* capturada por la función fálica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. XIV, 1989.
- Freud, S. (1923). *El Yo y el Ello*. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. XIX, 1989.
- Lacan, J. (1949). “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. En *Escritos 1*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1953). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Lacan, J. (1953). “Algunas reflexiones sobre el yo”. Redactado en inglés y publicado bajo título de “Some reflections on the Ego”, *International Journal of Psicoanálisis*, 1953, pp. 11-17. El órgano internacional acusa recibo del manuscrito de Lacan el 2 de mayo de 1951. Traducción: Eduardo Masullo.
- Lacan, J. (1953-54). *El Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós, 1992.
- Lacan, J. (1954-55). *El Seminario 2. El yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Lacan, J. (1955-56). *El Seminario 3. Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- Lacan, J. (1956-57). *El Seminario 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós, 1994.
- Lacan, J. (1957-58). *El Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Lacan, J. (1958). *La Significación del falo*. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Lacan, J. (1961/62). *El Seminario 10. La Angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Leibson, L. (2008). *Algunas consideraciones acerca del cuerpo en psicoanálisis*. Revista universitaria de psicoanálisis, 2008, Vol. 8, pp. 89-100.
- Masotta, O. (1980). *El modelo pulsional*. Buenos Aires: Ediciones Altazor.
- Nancy, J.-L. (2006). *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*. Buenos Aires: La Cebra, 2007.
- Rabinovich, D. S. (2003). *Sexualidad y significante*. Buenos Aires: Manantial.
- Rabinovich, D. S. (2007). *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. Sus incidencias en la dirección de la cura. Buenos Aires: Manantial.
- Rabinovich, D. S. (1995). *Lectura de significación del falo*. Buenos Aires: Manantial.

NOTAS

¹“Es un supuesto necesario que no esté desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por lo tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (Freud, 1915, p. 74).

²“El estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación” (Lacan, 1949, p.102).

³Freud, S (1923), p.27.

⁴Cuestión, la del cuerpo como objetal, que será retomada en *El Seminario* 10 de un modo afirmativo, lo que el cuerpo sí tiene de objeto pero en su dimensión real, pulsional.